

POESÍA

VOLUMEN I

ROGELIO SAUNDERS



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: *Listas frías*, de Vasili Kandinski
© Rogelio Saunders, 2017
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2017

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Polyhimnia

(1988-1990)

Tristeza del escritor muerto

Estoy triste de los que me conocieron.
De los que tocaron una noche a mi puerta, de éstos.
De los que no pudieron soportarme en la muerte
y ahora me cargan, con palabras, con adioses.
Voy con ellos. Mejor dicho: me llevan.
No los dejo en paz, me han hecho suyo.
Ya no tienen saliva, ni justificaciones
para no dejarme morir.
Como un farol que en una esquina
brillara interminablemente
quitándole su luz al farolero.
Estoy triste de los que no pueden odiarme,
ni despertarse de mí, ni acudir a una fiesta.
Estas noches me recuerdan olores de estatuas,
de mujeres desnudas que llevan en el cuello
una cadena de sombras,
una sudoración fría.
Estoy triste por todos,
escribiendo las últimas páginas
que son siempre las primeras.

Jesús en Bethlehem

Cetrino, de trenzas oscuras,
Jesús escucha al brahmán y se pregunta.
Dobla las manos, apoya la cabeza, se va desmoronando.
Jesús se ovilla junto a un árbol del desierto
y alza las rodillas.
Escucha la voz del brahmán; todavía no está muerto.
Ni hace frío en Bethlehem.
Después de todo ¿qué es el frío?
Jesús desaparece como un escorpión negro.
Es un punto entre la voz del brahmán y el viento
del desierto.
Tengo las rodillas hinchadas, dice.
Se escucha reír, como si hubiera olvidado para siempre
los ojos de Lázaro.
Si fuera un niño se cortaría las trenzas.
¿Él, Jesús, un niño, se cortaría las trenzas?
Podría ser su madre, también, o una de sus hermanas.
Pero estábamos aquí, en esta pura extensión vacía.
Un vacío de cortinas y de pájaros humeantes.
Allí está Jesús, el hombre.
Al fin, después de todo, el hombre.
Jesús se ríe, con los labios agrandados, la tos
no lo molesta.
El brahmán sin trenzas y Jesús trenzado,
con la mano apoyada en la corteza, se detiene su risa.
Se va quedando dormido, oyendo
susurros de mujeres que vuelven
pisando la tierra polvosa de Galilea.

¿Es la noche, o es el sol que, como siempre,
ha venido a poner la suave pincelada en su mejilla?
Ha muerto aquí, dice el brahmán,
en esta misma vaciedad donde se lavan mis manos.

Que ella no me sorprende

Si pasa entre dos establecidos
con su ajuar de luna negra
y su guadaña de nieve,
ella, si viene sola,
no escoltada, no oída por su paso,
sino, mirad, como esmeralda brillante,
castigando, tironeando sus muslos,
va a caer entre los pinos,
en un redondel de escarcha,
y deja ciegos, serpientes que vuelan,
cineraria.

No dejes nacer esa esperanza

No dejes nacer esa esperanza, húndela.
Seguramente en ti hay otras fuerzas,
seguramente hoy no es el día,
en ese cuarto no te espera nadie.
Y cuando en la ciudad
ya sea el crepúsculo,
baja hacia el puerto solo,
sin esperanza alguna, hueco, solo.
El puerto, que también se hunde en el mar, es tu destino.
Para él existes, para él
tus manos y tu boca se alzaron allí un día
—la boca de labios gruesos, las manos ofrecidas—
junto al reloj y el tiesto con las flores,
ya para siempre deslumbrado ¿recuerdas?
y una tristeza absoluta rondándote en los ojos
de joven nubio.
No dejes, muchacho, nacer esa esperanza.
Parte solo.

Fatal

Como la tarde en que lo recordaba,
buscándolo, y no estaba abierto el cielo.
Ya insensato, tal vez ya definitivo.
Como el libro robado, el verso sustraído.
Como la biblioteca vasta, y el pequeño cubículo.
Como el sentimiento de hacer y de entregar.
Como una tormenta desatada en la sombra.
Como la mañana aquella, junto al río.
Como el temible mar, no como el vuelo.
Como acostarse en la tierra, como tocar la hierba.
Como amar, como dormir.
Como morir y haber nacido.
Fatal como las tentaciones.

Amorosa estocada y Donatello

Seguramente los dos (el gordo y el alto
de la flor) dirían: “Tú, adolescentario”.
Adolescentario, sí, pero en el fuego.
Ustedes y nosotros no somos más que símbolos.
Ustedes y nosotros, no yo o aquél.
Ninguna prisa aclara que el sol niega.
Si ustedes estuvieran muertos,
si todos, de una vez, estuviéramos muertos,
entonces el gordo y el alto de la flor conversarían.
Como no nos tientan ni ondas ni caminos,
como no nos tientan,
las figuras ahora, y en la casamata
el gorro de piel para el primer disparo.
Para el último, el azul, y la cabeza del oso.
Los veo alejarse, los veo,
sentados en una cresta de mar,
dándoles la espalda y el frente, saludando
al sol nuboso y nebuloso,
perla y brillantina, mano blanca, corona del rey,
frente escindida, palma y contrapalma
No somos jóvenes ya, los recipientes
para recoger el agua en un corcho de óxido,
lo que reposa tibio y el tizón de fuego,
declaran con solemnidad de párroco el domingo
que no es definitorio silenciar, sí supone
y gira como un trompo lanzado a tiempo,
vuelta de engaño, trabajo limpio, letra para el gordo,
el alto no penetra en la charada.
Extensión sin hojas, ya sosiego,

aplacados no en la muerte, en la sonrisa
de unos labios diáfananamente sumergidos
en la superficie de un espejo, dice.
Adolescente triunfal con el sombrero en la boca.

De orfitud fuente, presagio

Te quiero intocable, inviolable,
penetrable por todos tus costados,
nunca penetrable, odiosamente mía.
Te quiero así, oscura y poderosa,
clareada por las manos y las frentes,
tocada por las bocas y los escupitajos,
agotada por la leche, por la letra,
caída en lo negro, pero mía.
Líquida en las vértebras del santo,
oh tú, premeditación del asesino,
tarde perfecta de sol en que se muere,
oh tú, coágulo respirante,
seguridad insegura, laberinto.
Escalera que se hunde, luz de ningún abismo.
Mas inviolable, atravesando como palillos
entrecruzados en los cordeles de las venas.
Exagerada en la hinchazón del rostro
de los que miran y nos miran, mía.
Absoluta razón que desconoce
el largo semblante pavoroso, y lo conoce,
lo oculta, lo consuela, lo quiere.
Página muerta, mano del muerto
que pasa la página muerta,
blanco arco desnudo del adolescente
solitario tendido bajo el templo más blanco.
Repetición necesaria, paso entre los circos.
Te quiero entonces, no en el después o el antes.
Te quiero ahora, así, mas limpia nunca,
mas nunca regalada o preferida,

como selva sin áspero esplendor ni hoja,
cabeza arrebatada por la hondura,
hueso mundo para esta mueca de perro,
cuchillo en la raíz que grita y nutre,
besada, despedida, lentamente sagrada.

Quintiliano, ante el foro

(11 a.n.e)

El orgullo del cartaginés es bien conocido.
No voy a criticarlo ni a elogiarlo.
Tampoco acallaré las voces que lo condenan.
Demasiado conozco lo que guardan sus costas.
Pero es hora, creo, de llamar a las cosas por su nombre.
Vosotros, romanos, me conocéis.
Mi brazo ha estado siempre del lado de Roma.
En Asia y en el Ponto. En Grecia y en Alejandría.
Mal papel haría ahora retirando mis ejércitos.
Sin embargo, he de advertiros, romanos.
Pues el odio no suele presidir las buenas acciones,
y la alegría combinada con el temor
es causa del desastre.
No os comprendo, romanos.
Sois demasiado sutiles o demasiado ingenuos.
Y luego, vuestro Senado calla.
El astuto Livio ha ido a encerrarse en su palacio.
Una sorda conspiración, lo sé, ha comenzado a prepararse.
Ni yo ni mis mercenarios participamos en esto.
Fieles a nuestro acuerdo, nos mantenemos lejos de Roma,
mientras cunde el pánico en todas partes, y turbas
enloquecidas recorren las calles
enarbolando consignas que apuntan a Cartago.
A todo esto, no hay preparativos de guerra,
ni se anuncia el estado de excepción, ni marchan
las legiones.
No puedo ver sino con recelo la ausencia de César.

Safo

Tus ojos tienen el brillo de la pasión.
Has estado distraída mientras yo declamaba.
Laura, tu amiga, tuvo que pellizcarte
por debajo de la mesa.
No has oído mis versos, no había otro mundo que el tuyo.
Cuánto daría por volver a tener tus trece años.
Pero escúchame.
Esas manos no han de ser para el extraño.
Tu piel es demasiado ardiente.
Tu frente, demasiado ancha.
Eres una hija equívoca del viento,
fuerte como esta isla, cerrada y desolada.
Mírame a los ojos, Khýtera.
Mira mis arrugas y mis cicatrices.
Hoy he jurado que si me amas voy a romper mis versos
y voy a enterrar mi lira con mis manos.
Es en serio, Khýtera.
A mi edad no puede jugarse con estas cosas.
Yo que creía haberlo visto todo,
no había visto todavía tus ojos y tus manos,
de mis trece años imagen fidelísima.
Un viento áspero y simple nos azota el rostro.
Dentro de unos años en esta isla no quedará nada.
Sólo el fuego es eterno, este fuego
de tus ojos, llama en que quiero arder,
cruz en que quiero crucificarme.
Qué me importan los eruditos y los premios.
He dado ya lo que tengo, y estoy sola.
Quédate conmigo hoy, Khýtera.
No vayas a esperar al joven deportista
bajo el manzano.

Ensueño breve

Con una íntima atención mirando
me he vuelto hacia el lecho
de cristal exaltado.
Me he quedado dormido, mirando.
Ahora estoy detenido.
Dormido simplemente,
escondido en el lecho, en una estría blanca.
Allí reposa mi mano.
Yo sin embargo espero, velo,
con los ojos cerrados.
Pero los dedos, los dedos llenos de sombra
que desmienten la cara, la que un día.
Yo sin embargo horriblemente duermo,
sin recobrarme, llamando
a la que escapa, escapa levemente,
su intimidad perdida reclamando.

Índice

POLYHIMNIA

- Tristeza del escritor muerto / 9
- Jesús en Bethlehem / 10
- Que ella no me sorprende / 12
- No dejes nacer esa esperanza / 13
- Fatal / 14
- Amorosa estocada y Donatello / 15
- De orfitud fuente, presagio / 17
- Quintiliano, ante el foro / 19
- Safo / 20
- Ensueño breve / 21
- El violín / 22
- Si al doblar una esquina / 23
- La muerte de Virgilio / 24
- Consejos al joven Fidias / 25
- El jardín de símbolos / 26
- Carta a Leda / 29
- Insomnio / 31
- Nihil Organum / 32
- Canto de los niños de Ulm / 33
- El sombrero de los adioses / 36
- A un templo / 39
- El monje y la poesía / 41
- Vater Pound / 44
- El pájaro de oro / 49

DISCANTO

- Sinfonía grotesca / 57
- Le clapotement / 62
- Inviernos / 77
- excertitia spiritualia / 80
- Astarté / 84
- Epitafio de la danza / 87
- Canto de un modo / 91
- Celebración del delfín al alba / 96
- Lutecia / 100
- Post-scriptum / 105
- En el observatorio / 113
- La mujer de agua / 118
- Entre actos / 122
- El fragmento / 131
- Ensemble/semblanza / 139
- Cansancio / 143
- Canto del amigo / 148
- Godelholm / 165
- Rocambole o la noche / 166
- Moi la main / 180
- El despertar de Finnegan / 185
- The Nameless / 189
- Punto de giro / 196
- Via rupta / 197
- Meditaciones / 200
- Litoglifo / 203
- Just looking around / 211
- Observaciones / 214
- El holoceno / 223
- El fenómeno futuro / 227
- El mensajero del rey / 234

El hospital / 250

El aliento / 253

Tras el lento movimiento de los bambúes / 259

Nuevos y viejos sueños / 263

Acerca del instante y el espacio / 268

El océano de oro / 278

Égloga en el bosque / 287